

## Concierto para ellos

El 15 de mayo de 2015 tuvimos lo que nosotros llamamos una fiesta ensayo. Uno va a una sala de ensayos y toca con los amigos. Es una fiesta a la que solo van los que tocan y nadie más. Tomamos trago, tocamos, la pasamos rico y listo, sin misterio.

Ese viernes, en particular, estábamos reunidos lo que yo llamo los buenos muchachos. Nos conocimos de niños en el colegio. En la adolescencia nos dedicamos de manera profesional al bachillerato en un sin fin de reputados colegios de Bogotá. La primera pea nos la metimos juntos. Las primeras novias que morboseamos fueron las de ellos, y las primeras que me morbosearon, fueron ellos. De paso, con ellos armamos nuestra primera banda de rock pesado. Esos son los buenos muchachos.

Los años nos habían separado porque la vida sigue y los caminos nunca son los mismos. Todos seguimos aruñando la música desde diferentes ángulos, uno en el extranjero en el área del sonido, otros acá en Colombia con proyectos serios, a pesar de la realidad del día a día, en trabajos que no tienen nada que ver con la música más allá de lo que ponen a sonar en el computador. Y yo, que canto porque sí.

Salimos de nuestra fiesta ensayo con nuestras herramientas musicales y nuestra dotación ética. Nos dirigimos al bar que nos vio crecer, un bar que tiene el mismo gusto del limón, fuimos a tomarnos unas cervezas, a escuchar música y a

despedirnos de la juventud para siempre. La sala de ensayo está a unas cuantas cuadras del bar. Nos fuimos caminando a eso de las once de la noche.

En el camino hablábamos de lo que hablamos los cuarentones que nos acercamos a los cincuenta, de la entrada de la hija a la universidad, de nuestros hermanos y sus vidas, de los desamores, del trabajo, cuestionamos el porqué del derrumbe de nuestra banda hace más de veinte años, de lo orgullosos y agradecidos que estábamos con nuestros padres, de lo orgullosos que estaban ellos de nosotros aun cuando nuestras vidas no fueran lo que ellos esperaban, o mejor, de lo que ellos consideraban una vida buena, tranquila y feliz. Hablamos de saber que no estábamos listos para su partida, y de que a mí ya no se me para.

Llegamos al bar, saludamos con besos y abrazos, de inmediato nos acomodamos en la barra, pedimos la munición de la noche y brindamos por la vida, porque es hermosa.

Nos pareció extraño que el bar no estuviera lleno. Tenía una decoración diferente, más luces y más cabinas de sonido de lo normal, aunque no le paramos muchas bolas al asunto. Estuvimos una media hora hablando maricadas con los dueños, lo mismo que hablamos los cuarentones que nos acercamos a los cincuenta. El jefe, así le decimos al dueño, nos preguntó de dónde veníamos.

—¿Y los instrumentos?

—Aquí los tenemos —Contestó Requembeiquer señalando el piso.

—No joda —Nos dijo levantando las cejas.

Nos quedamos mirando al jefe en el más absoluto silencio. Puso cuatro copas de aguardiente frente a nosotros, sacó una

botella de güisqui gringo especial y mientras nos servía un trago nos dijo:

—Tenía una banda para el concierto de esta noche. Cancelaron en el último minuto. Se agarraron entre ellos porque no definieron quien iba a ser la estrella de la noche. Armaron un escándalo, se largaron y de paso, se fueron todos los clientes. Ahí está la batería, es de la banda que se largó.

Nos tomamos el trago de una y seguimos en silencio.

El jefe apretó los labios, sirvió otra ronda a la que le hicimos un riguroso seguimiento. El jefe guardó la botella, Bum le pegó dos veces a la barra con los dedos, el jefe sacó de nuevo la botella y llenó hasta el tope las copas.

—Pues sí, eso les cuento —Dijo el jefe.

Nos tomamos el trago sin brindar y sin titubear. Hicimos el gesto que hace la gente cuando se les quema la garganta con un trago fuerte y seguimos en silencio.

El jefe sacó una botella de escocés y nos sirvió otro trago hasta el tope. Nos quedamos mirándolo, serios, con cara de roca. Nos miró fijamente levantando la barbilla, cruzó las manos encima de la barra y nos preguntó si nos había gustado el trago. Nosotros seguimos en silencio. Empezó a sonar “Vamos muy bien”. Yo estaba en ese estado en que uno se empieza a dar cuenta de que uno no es quien realmente es y señalé los parlantes con el ritmo de “Vamos muy bien”.

El jefe nos sirvió otro trago y empezó a sonreír.

—¿Y entonces?, ¿cuál es el favor? —Preguntó Trast.

El jefe señaló el escenario.

Veníamos de tocar cuatro horas y estábamos mamados. Y, además, yo estaba jincho. Trast y Requembeiquer sacaron sus

instrumentos, sin afán, los afinaron con un aparato de última tecnología y el jefe nos sirvió otra ronda de güisqui. En esa ronda no tomé.

—Nos debe una, jefe —Le dije.

—Señores, estamos listos —Dijo Bum.

El jefe, Bum, Trast y Requembeiquer atravesaron todo el bar desde la barra hasta la tarima que queda al otro lado. El jefe prendió la consola de sonido, Bum se sentó en la batería, acomodó los platillos y el redoblante, Requembeiquer y Trast se conectaron, cada uno a su amplificador. La música que sonaba en ese momento era un rock suave y melancólico. Los clientes dejaron de hablar, de tomar y se quedaron mirando cómo se montaban al escenario mis amigos. Murmuraban entre ellos y las caras de aburrimiento empezaron a desaparecer. Yo veía todo desde la barra. Estaba nervioso, ellos no, se les notaba el cansancio, pero la cara de agradecimiento del jefe no tenía precio.

— Tres, cua...

Los tres tocaron sus instrumentos al mismo tiempo. Eran unos acordes acompañados de una batería que sonaba como una metralla de bombas atómicas que hicieron retumbar el local. La guitarra distorsionada sonaba como una sierra eléctrica y el bajo sonaba más profundo que un hoyo negro. Se sentía en las entrañas. Sonó a reventar. Terminaron de cuadrar el sonido con esos acordes y el bar quedó en silencio. Me tomé el trago que me habían servido y me limpié la boca con la muñeca. Caminé desde la barra hasta la tarima. Yo sabía que esa noche empezaba otra batalla contra mis miedos. Me subí a la tarima. Prendieron las luces. Los quince o veinte gatos que quedaban en el bar aplaudieron y uno que otro silbó. Sabía que era un esperpento y me encantaba. Tenía puestos mis chicles rosados con diseño precolombino y rayas blancas delgadas. Los había

decorado con unas cadenas que amarré a mi cintura y que de forma magistral enredé en mis piernas.

Desde la tarima no podía ver a los clientes, un haz de luz blanca y brillante me daba en la cara. Todo era silencio. Estaba rodeado de los mejores músicos del rock pesado, gente seria, profesional, y más que eso, estaba en un escenario con los amigos con los que había vivido y compartido por más de treinta años. Personas vitales en mi vida. Yo no tenía tanta experiencia en los escenarios como ellos. Sentía que estaban tranquilos, pero no los podía mirar.

Cuando uno es el cantante y está en un escenario uno es el del frente, al que el público mira. Nunca, jamás, ni por equivocación uno mira hacia atrás, nunca mira a los músicos, solo mira al público porque ellos están ahí para verlo a uno, así uno no vea un culo porque las luces pegan en la cara. Y yo no lo iba a hacer. Era uno de esos momentos en que me preguntaba ¿por qué putas estoy montado en esta tarima, cuando debería estar en mi casa, tranquilo, sin angustia y comiéndome un pan?

Saludé al público con todas mis fuerzas. Ya estaba en esa película y ahora me tocaba batallar contra ese animal gigante.

—¡Buenas noches, Bogotá!

Al tiempo en que pronuncié Bogotá, sonó el primer acorde de “Prisionero”, Requembeiquer se me acercó y me dijo “no cante, no cante. Mame gallo, usted es una estrella” y todos los tragos que tenía en la cabeza desaparecieron de inmediato, me invadió una fuerza sobrehumana y empezamos a tocar con toda.

Fueron dos horas de fuego en las que entregamos todo. Nos pidieron otra tanda de canciones, pero ya estábamos muy cansados, les di las gracias y ya. Nos bajamos del escenario. Solo queríamos tomar unas cervezas, hablar un rato de

cualquier cosa, comer alguna merienda e irnos a casa a dormir. Nos sobornaron. Y sucumbimos a la tentación. La cortesía del respetable se hizo notoria, más allá de los aplausos y las felicitaciones, con un gesto muy tradicional en el circuito del rock pesado, sobrado en calidad humana, pero corto en cantidad y calidad. Desde todas las mesas, como si se hubieran puesto de acuerdo, nos llegaba cualquier cantidad de tragos que abarcaban un nutrido inventario que incluía desde cerveza y aguardiente hasta un insólito brebaje de aroma ilegal. Ese me lo tomé.

Volvimos al escenario después de recibir la cuota burocrática. Sonó el primer acorde de “Before The Hangman's Noose”. Necesité de mucha concentración con esa canción porque mi conocimiento del inglés está ubicado entre el desconocimiento total y el absoluto. La tocamos con toda y la gente respondió con el puño en alto.

De inmediato tocamos la segunda canción. No había terminado la primera cuando ya estábamos montados en la segunda, nos tocamos “Herencia Letal”, el público la recibió de maravilla, ya habían dejado las mesas y estaban parados frente a nosotros moviendo la cabeza. El calor en ese momento era infernal, insoportable. Éramos pura energía, tenía lavada la camisa, no queríamos parar nunca más, había una conexión mágica, ancestral, era algo demencial y yo le estaba ganando la batalla al miedo.

En el último acordé de Herencia se me ocurrió gritar “nos vamos al infierno” y empezamos esa canción de los barones, a toda máquina, al doble de velocidad. Afortunadamente, esa canción tiene una parte que da un respiro a quien la esté tocando y consiste en involucrar al respetable con un cántico. Yo doy una pauta de voz y el público la sigue, yo canto “eh, eh, eh” y el público contesta “eh, eh, eh”. Así es como uno descansa un rato sin perder la energía. La cosa funcionaba bien porque era un toma y dame con el público. Me dio por felicitar

al público porque todos lo estábamos pasando de lujo “muy bien, muy bien, me encanta...” y en un momento de éxtasis musical grité “¡muy bieeeeeen!” con toda mi fuerza y la canción de los roqueros que estábamos cantando se convirtió en “Vamos muy bien”, botamos todo lo que nos quedaba y nos bajamos de la tarima. Así no más, sin misterio.

En el camino a la barra nos pasaban trago, nos daban la mano y nos felicitaban. Por mi condición de soltero, y de cantante, aproveché para repartir un par de picos que fueron recibidos con mucho gusto.

El jefe nos esperaba en la barra, nos dio las gracias por el concierto, por haber salvado la noche y nos sirvió unos güisquis que nos sentaron de maravilla. Al calor de los tragos nos presentó a un tipo que ya había visto durante el concierto. Siempre estuvo sentado, con una actitud inmutable en una mesa del fondo del bar, con un trago que nunca se tomó y acompañado de una loquita deliciosa.

—Les presento a Belisario.

—Bélico, un gusto conocerlo —Le dije extendiéndole la mano.

—Señores, un gusto conocerlos, me gustó mucho el concierto, ¡qué energía tan bárbara! —Dijo Belisario.

—Gracias, ¿quiere un trago? —Le preguntó Trast con generosidad.

—No gracias, tengo uno en la mesa...

Nos quedamos mirando a Bélico esperando a que se fuera para seguir con nuestros asuntos. Bélico tenía pinta de cualquier cosa menos de roquero. Estaba vestido con traje de calle, la corbata suelta, perfectamente peinado, sus zapatos eran brillantes y me daba la sensación de que estaba quebrado. Noté nerviosa a la loquita que estaba con él. Se cogía el pelo y miraba a todas partes como si estuviera perdida. Miré a

Requembeiquer y entendí perfectamente el porqué de su actitud, se sentía desnuda y lívida ante la libidinosa mirada de mi amigo.

—¿Cómo se llama la banda? —Preguntó Bélico.

La pregunta nos cogió fuera de base. Nos quedamos en profundo silencio. Entramos en ese estado reflexivo que nos deja el descubrir que había llegado el fin de los tiempos y que no teníamos ni puta idea de quiénes éramos.

El jefe le señaló a Bélico las copas y Bélico dijo que él pagaba esa ronda. Seguíamos en silencio.

—¿Cómo se llama la banda? —Insistió Bélico.

—No sabemos —Dijo Trast.

—Es una banda ultra secreta —Dije con cara de suspenso.

Requembeiquer no dejaba de mirarle las tetas a la loquita de Bélico, Bélico ni se daba cuenta.

Belisario, sirvió despacio otra ronda.

—Miren, la situación es la siguiente, organicé un concierto, vine a cerrar el contrato con la banda que iba a tocar hoy, ya les contaron lo que pasó, se largaron. Tenía todo organizado, me dejaron metido. ¿Ustedes pueden reemplazar a esa banda?

Entre todos nos miramos menos Requembeiquer que en ese momento se había acomodado de una manera bastante peculiar para poderle ver, en toda su extensión, el culo a la loquita de Bélico.

—¿Cuánto nos paga? —Le pregunté de una.

—Bueno, les cuento, no les puedo pagar como tal. No queda mucho presupuesto para ustedes porque ya había invertido en



la banda que se fue. Les doy lo que necesiten y todo por cuenta mía.

—¿Se le mide? —Le preguntó Bum a Trast.

—Me da como locha —Contestó.

—A mí también —Dijo Bum.

—¿Y qué dicen sus compañeros? —Preguntó Bético.

—Él no va —Dijo Bum señalándome.

—Y él menos, de pronto tiene un plan mejor —Dijo Trast señalando a Requembeiquer, que seguía morboseando a la loquita de bético como lo hacíamos en las primaveras de juventud.

—¿Cómo los convengo de ir? —Preguntó Belisario.

—Ya nos vamos, fue un gusto conocerlo y muchas gracias por la invitación —Dijo Bum.

—¡Uuuy, esperen un segundo!

Bético pidió unas cervezas. Yo le dije que a esa hora nosotros solo tomábamos güisqui duro.

—Entonces...

—Mire, este tipo no canta, no tenemos cantante, eso para empezar —Le dijo Bum señalándome, mientras yo miraba cómo la loquita de Bético perdía el control con la salaz mirada de Requembeiquer.

—¿Cómo así?

—Así como lo oye, él no es cantante, él... canta, pero no es cantante —Dijo Bum.

—Eso, tal cual —Reforzó Trast.